



Reivindicando al padre desde el «Havana»

Manuel Valero

Aquí siempre están llegando desmesurados camiones de cienciaficción que arrastran a paso de hombre (y de mujer) las piezas más descomunales. Esto es como una obra inacabada que los remotos ingenieros de la Casa Loring, Heredia y Larios que venían de diagnosticar el esqueleto minero del Valle de Alcudia y se toparon con el Tío Celemines que andaba ocupado en construir un pozo de noria. El histórico encuentro entre la embajada científica y el lugareño alumbró la primera mina, *La Extranjera*, y desde entonces hasta hoy mismo no han dejado de llegar aquí transportes imposibles. La otra noche mismo avanzaba por la calle Gran Capitán una gigantesca tubería del diámetro de una plaza de toros sobre la que tres *liliputienses* con casco de seguridad evitaban la fronda de los árboles. Era un reactor de la revolucionaria planta de *Elcogas*, último capítulo de la historia del trasiego desde que la torreta de *La Extranjera* brotó de la cuenca minera porque al Tío Celemines (nuestro Tío Sam), hoy arrumbado en la trastienda de la historia por la señera figura del médico Limón, se le ocurrió descifrar la tierra a golpe de pico y pala para tocar agua con que duchar las lechugas. Nunca he oído ni leído unas palabras de biennacido agradecimiento al auténtico padre del Puertollano moderno. Si desde aquel año mítico de 1873 hasta este preciso instante en que *Elcogas* sigue perfilando su particular *skyline* sobre el valle y que el presidente del Gobierno deshoja la margarita de trocear en acciones el 10 por ciento que dicen que le queda al Estado de Repsol, si desde aquel año, digo, hemos sido pueblo de *farwest* en inicios industriales, un bastión minero que abrazó pronto la causa del socialismo y sentó las bases de nuestro particular rojerío, si luego nos convertimos en sede de la primera refinería de interior, paternalista y franquista y, más tarde, toreamos la crisis del petróleo de los 70 y padecemos el cierre de las minas y el regreso a su explotación sin lisos sobre las cabezas de los mineros, si pudimos chulear de equipo de fútbol, estadio con césped, si corría el dinero por doquier y se abrían bares y cafeterías en cada esquina, si cuando pudimos hablar —muerto el *General*— le dimos el destino de la ciudad a la clandestinidad, todo se lo debemos al Tío Celemines que encontró carbón cuando buscaba agua y concatenó las cosas.

Aquí siempre te sorprende por la carretera un vehículo

ciclópeo que necesita la calzada para él solo. Y no hay manera de evitarlo. El Tío Celemines posibilitó una teta y a su pezón seguimos enganchados. En realidad no hemos sabido hacer otra cosa que eso, chupar de la teta de *Calvo Sotelo*, de *Empetrol*, de *EMP*, de *Repsol*, de *Encasur*. De la teta novicia de *Elcogas*, (ahora mientras se monta, que el chip ocupa precisamente el lugar de una legión de obreros de casco y mono). Por eso las mesnadas nocturnas de jóvenes JASP son hijos del último grito del montaje como otros antes lo fuimos de la Pirólisis de 1970 o de Olefinas II de 1972. Más de lo mismo. Fuera de los circuitos del refinio y su endiablada genealogía de productos aquí no se produce ni una miserable muñeca chochona ni condones de alta infidelidad, ni bolsas de basura multiolorosas, ni envoltorios de nada. Pero siempre están llegando cosas enormes encima de un camión lento como una convalecencia, mientras la sociología general tampoco es ajena a la capacidad de clonación que tienen los tiempos uniformes de la aldea global. Chicas pata-negra ratifican la liberalidad del momento: hijas de contumaces progres pasean su palmito con descaro y votan PP.

El Puertollano de hoy es un proyecto de central *tecnología punta* productora de electricidad en *ciclo combinado*, mimosa con el medio ambiente y rúcana con el curro. Una ciudad que ni crece ni decrece suspendida en una especie de maroma estacionaria, arrinconada por la capitaleja de obscura cuna y una Universidad que para sí quiere el sanedrín municipal. O al menos un colegio, una facultad de algo. Y en este plan. Ahora tenemos la UNED. Antes, ni eso.

Pero lo que más me gusta del Puertollano de hoy mismito no es *Elcogas* (es lo que toca ahora), ni siquiera el *AVE*, ni la mano negra de *Repsol*, capaz de remover alcades con la intermediación de Fuensalida, ni el *Monumento al Minero* que Noja diseñó barbudo en su primer proyecto, ni *El Bosque* neoplatánico, ni el *Puertollano Verde* (lo verde depende de que llueva). Lo que más gusta es el local de mamparas acristaladas que hay en el Paseo de San Gregorio. Se llama *Havana Club* y desde él puedes asistir a la ascendencia y decadencia de esto y contemplar la llegada de un nuevo ingenio mecánico capaz de ser adelantado por las hormigas o por el sueldo de los periodistas de provincias. Incluso. □